

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

ARTIGAS

HOMENAJE DE LA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS



MONTEVIDEO - URUGUAY

1950

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

ARTIGAS

HOMENAJE DE LA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS



MONTEVIDEO - URUGUAY

1950

DE ESTE OPÚSCULO SE
IMPRIMIERON QUINCE
MIL EJEMPLARES, DE
LOS CUALES LOS CIENTO
TRES PRIMEROS FUERON NU-
MERADOS A MANO Y LOS
SIGUIENTES A MÁQUINA.

Ejemplar N^o 11449

EN 1917, los estudiantes de la "Asociación Salto" invitaron a José Enrique Rodó para que los acompañase en la peregrinación patriótica que, cada año, realizaban hasta la Meseta de Artigas. El Maestro decidió concurrir, pero no pudo hacerlo. Escribió, sin embargo, el MENSAJE prometido, y confió el honor de leerlo al doctor Carlos María Prando, quien lo hizo con magnífica prestancia, en acto solemne, el 18 de julio, en la ciudad de Salto.

Como complemento de los homenajes a JOSÉ ARTIGAS acordados por el Consejo de la Facultad de Humanidades y Ciencias, el Consejero profesor José Pereira Rodríguez ofreció, para que fueran reproducidas, las cinco páginas manuscritas del original del referido MENSAJE.

La peregrinación anual al Hervidero, que familiariza con un campo sagrado en el recuerdo de la patria el espíritu de las generaciones orientales, se perpetuará como un rito inalterable de nuestro culto cívico. La tradición histórica no tiene en tierra nacional santuario más venerando que esa solitaria meseta. Hay que ir á erguirse sobre su cúspide para abrir el pecho á la cruda pureza de las ráfagas de pasión patriótica que el ambiente de las ciudades refrena y amortigua. Hay que mirar desde su altura para dominar toda la amplitud del horizonte que abarca, en la historia del Río de la Plata, la fuerza de expansión y propaganda de nuestro credo revolucionario de 1813, la fórmula profética integral de los destinos de la América libre.

Montevideo es la cuna de la patria, en cuanto esto significa un primer núcleo de sociabilidad y civilización, con los elementos esenciales que preceden á la Independencia y que persisten y deben persistir á través de todas las transformaciones. Montevideo es, además, el origen de un espíritu local con aspiraciones á

La peregrinación anual al Ilwidero, que familiariza con un campo sagrado en el recuerdo de la patria el espíritu de las generaciones orientales, se perpetuará como un rito inalterable de nuestro culto cívico. La tradición histórica no tiene en tierra nacional santuario más venerando que esa solitaria meseta. Hay que ir a erguirse sobre su cénfide para abrir el pecho a la ~~cruda~~ ^{cruda} pureza de las ráfagas de pasión patriótica que el ambiente de las ciudades refrena y amortigua. Hay que mirar desde su altura para divisar toda la amplitud del horizonte que abarca, en la historia del Río de la Plata, la fuerza de expansión y propagande de nuestro credo revolucionario de 1813, la fórmula profética integral de los destinos de la América libre.

Montevideo es la cuna de la patria, en cuanto esto significa un primer núcleo de sociabilidad y civilización, con los elementos esenciales que preceden a la Independencia y que persisten y deben persistir a través de todas las transformaciones. Montevideo es, además, el origen de un espíritu local con aspiraciones a

la autonomía económica y política, que obró acaso como el principio más activo en la formación de un espíritu de nacionalidad.

Pero si por cuna de la patria entendemos, no el conjunto de esos antecedentes primeros, sino la revelación entera, franca y eficaz del sentimiento que llamamos propiamente patriótico y de la idea que lo determina y hace consciente, entonces no está la cuna de la patria en Montevideo, último reducto del poder español y fácil presea de la conquista lusitana. La cuna de la patria está dispersa en la extensión de esas cuchillas casi desiertas donde las *montoneras* heroicas espaciaron su instinto de libertad y su indómita soberbia, fermentos generadores de una independencia y de una democracia; la cuna de la patria está en el terrón del rancho humilde donde tuvo su precario asiento aquella sociabilidad seminómade que se personifica en el tipo legendario del gaucho; la cuna de la patria está en el seno de la virgen y bravía naturaleza, y abarca tanto espacio

la autonomía económica y política, que
abrió acceso como el principio más activo
en la formación de un espíritu de na-
cionalidad.

Pero si por cuna de la patria entendo-
mos, no el conjunto de esos antecedentes
primeros, sino la revelación entera, franca
y epíca del sentimiento que llamamos
propriadamente patriótico y de la idea que
lo determina y hace consciente, enton-
ces no está la cuna de la patria en Mon-
tideo, último rebufo del poder español
y fácil presa de la conquista lusi-
tana. La cuna de la patria está dis-
persa en la extensión de esas cuchillas
casi desiertas donde las montañas he-
roicas espaciaron su instinto de liber-
tad y su indómita soberbia, fermentos
generales de una independencia y de
una democracia; la cuna de la patria
está en el terrón del rancho humilde
donde tuvo su precario asiento aquella
sociabilidad semi-nómada que se
personifica en el tipo ~~inexplicable~~
legendario del gaucho. La cuna de la
patria está en el ~~estado de la~~ virgen y
bravía naturaleza, y abarca tanto espacio

como las fronteras de la patria misma. Pero si en alguna parte se radica y concreta es en ese original é interesantísimo esbozo de capital independiente que se asentó sobre la mesa del Hervidero y donde Artigas bosquejó, con tosca energía, la imagen de organización civil que llevaba en la mente junto á las inspiraciones de su acción heroica.] 2 10

La sociedad europea de Montevideo y la sociedad semi-bárbara de sus campañas, dándose recíprocamente complemento, fueron mitades por igual necesarias, en la unidad de la patria que se transmitía al porvenir. Y el lazo viviente que las juntó dentro de un carácter único es la persona de Artigas, hombre de ciudad por el origen y la educación primera; hombre de campo por adaptación posterior y por el amor entrañable y la comprensión profunda del rudo ambiente campesino. Son este amor y esta comprensión los que definen la original grandeza de Artigas, el secreto de su eficacia personal, la clave de su significación histórica. Haber profesado con inquebrantable fe, cuando

como las l. terras de la patria misma. Pero si en alguna parte se radica y concreta es en ese original e interesantísimo esbozo de capital independiente que se asoma sobre la mesa del Ilavidero y donde Artigas bosquejó, con ~~truda~~^{fuerte} energía, la imagen de organización civil que llevaba en la mente junto a las inspiraciones de su acción heroica.

La sociedad europea de Montevideo y la sociedad semi. bárbara de las campañas, dándose mutuamente complemento, fueron unidades por igual necesarias, en la unidad de la patria que se transmitía al porvenir. Y el lazo viviente que las juntó dentro de un carácter único es la persona de Artigas, hombre de ciudad por el origen y la educación primera; hombre de campo por adaptación posterior y por el amor entrañable y la comprensión profunda del rudo ambiente campesino. Son este amor y esta comprensión los que definen la original grandezza de Artigas, el secreto de su eficacia personal, la clave de su significación histórica. Haber profesado con inquebrantable fe, cuando

todos dudaban, los principios de la independencia, la federación y la república, bastaría para revelar corazón entero y mente iluminada, pero no bastaría para determinar la superioridad del hombre de acción. Lo que determina esa superioridad es la intuición y la audacia en la elección de los medios: es el mirar de águila por el que comprendió que los elementos necesarios para imponer aquel programa en los destinos de la Revolución estaban sólo en el seno de esas muchedumbres de los campos, á cuyo frente se puso, afrontando las preocupaciones y los egoísmos de su tiempo. Allí, en el ambiente agreste, donde el sentir común de los hombres de ciudad sólo veía barbarie, disolución social, energía rebelde á cualquier propósito constructivo, vió el gran caudillo, y sólo él, la virtualidad de una democracia en formación, cuyos instintos y propensiones nativas podían encauzarse, como

todos dudaban, los principios de la indepen-
 dencia, federación y la república, bastaría
 para revelar corazón entero y mente ilu-
 minada, pero no bastaría para determinar
 la superioridad del hombre de acción. Lo que
 determina esa superioridad es la intuición
 y la audacia en la elección de los
 medios: es el mirar de águila por el
 que comprendió que los elementos necesarios
 para imponer aquel programa en los
 destinos de la Revolución estaban sólo en el
 seno de esas muchedumbres de los campos,
 a cuyo frente se puso, aportando las
 preocupaciones y los egoísmos de su tiem-
 po. Allí, en el ambiente agreste, donde el
 sentir común de los hombres de ciudad
 sólo veía barbarie, disolución soci-
 energia rebelde a cualquier propósito
 constructivo, vió el gran candil,
 sólo él, la virtualidad de una democracia
 en formación, cuyos instintos y propensi-
 ones activas podían encauzarse, como

fuerzas orgánicas, dentro de la obra de fundación social y política que había de cumplirse para el porvenir de estos pueblos. Por eso es grande Artigas, y por eso fué execrado como movedor y agente de barbarie, con odios cuyo eco no se ha extinguido del todo en la posteridad. Trabajó en el barro de América, como en el Norte Bolívar; y las salpicaduras de ese limo sagrado sellan su frente con un atributo más noble que el clásico laurel de las victorias.

José Enrique Rodó

Montevideo, Julio 17 de 1915

fuerzas orgánicas, dentro de la obra de
 fundación social y política que había
 de cumplirse para el porvenir de estos
 pueblos. Por eso es grande Artigas, y por
 eso fué execrado como movedor y agente
 de barbarie; con odio cuyo eco no se
 ha extinguido del todo en la postinidad. Tra-
 bajó en el ~~barro~~ barro de América, como
 en el Monte Peliclar; y las salpicaduras
 de ese limo sagrado sellan su frente
 con un atributo más noble que el
 clásico laurel de las victorias.

José Enrique Rodó

Montevideo, Julio 1º de 1915

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE LA "IMPRESORA URUGUAYA, S. A." DE MONTEVIDEO, EL DÍA 15 DE DICIEMBRE DE 1950, SIENDO DECANO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS EL DOCTOR JUSTINO JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA Y MIEMBROS DEL CONSEJO DIRECTIVO LOS SEÑORES DOCTOR DIAMANTE BENNATI, PROFESOR CLEMENTE ESTABLE, ARQUITECTO AURELIO LUCCHINI, PROFESOR RODOLFO MÉNDEZ ALZOLA, PROFESOR JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ, DOCTOR FRUCTUOSO PITTALUGA, ARBELIO RAMÍREZ Y JOSÉ P. SAENZ.